IV.

De nuevo, hácia París, rodaba de regreso el tren blanco. Y en el vagón de tercera clase, donde el *Magnificat*, cantado á gritos por agudas voces, sobrepujaba al ruído de las ruedas, se veía el mismo cuarto, la misma sala de hospital ambulante y común, que se divisaba de una sola ojeada por encima de los bajos tabiques, en su desórden, en su mezcolanza de ambulancia improvisada.

Medio escondidos bajo la banqueta rodaban por el suelo los vasos de noche, las jofaínas y las esponjas. Más ó menos, por todas partes se apilaban los fardos, el lastimoso montón de pobres cosas usadas, cuyo encumbramiento volvía á comenzar en el aire; paquetes, cestas, sacos suspendidos de los ganchos de cobre, donde se balanceaban sin descanso.

Las mismas hermanas de la Asunción, las mismas damas hospitalarias estaban allí con sus enfermos, entre el amontonamiento de los peregrinos válidos, sufriendo ya el calor sofocante, el insoportable olor. Allí estaba siempre, en el fondo, el compartimiento entero de mujeres, las diez peregrinas apretadas unas contra otras, jóvenes, viejas, todas de la misma triste fealdad, que cantaban violentamente, con un tono lastimero y falso.

—¿A qué hora estaremos en París?—preguntó el Sr. de Guersaint á Pedro.

—Creo que mañana á eso de las dos de la tarde, respondió el sacerdote.

Desde la partida, María miraba á este con aire de inquieta preocupación, como poseída de un brusco disgusto que no expresaba. No obstante, encontraba de nuevo su sonrisa de bella salud reconquistada.

—Veintidós horas de viaje. ¡Ah! Será menos largo y menos duro que á la venida.

—Y además—repitió su padre,—hemos dejado gente allá abajo y estamos más desahogados.

En efecto; la ausencia de la señora Maze dejaba un rincón libre, al extremo de la banqueta que María, sentada ahora, no llenaba con su carrito; y hasta se hizo pasar á la pequeña Sofía al compartimiento vecino, donde no se encontraban ahora el Padre Isidoro ni su hermana Marta, que habíase quedado de servicio en Lourdes, en casa de una señora piadosa, según decían. Al otro lado, la señora Jonquiére y sor Jacinta se aprovechaban igualmente de un sitio, el de la señora Vetu. Además tuvieron la idea de desembarazarse también de Elisa Rouquet

instalándola con Sofía; de modo que no conservaban más que al matrimonio Sabathier y la Grivota.

Gracias á esta nueva organización, estaban con más desahogo, y hasta podrían tal vez dormir un poco.

Acababa de ser cantado el último versículo del *Magnificat*, y las señoras concluían de instalarse lo más confortablemente posible, haciendo su pequeño ajuar. Fué preciso, sobre todo, esconder las vasijas de zinc llenas de agua, que molestaban las piernas de los viajeros. Se corrieron las cortinillas de todas la portezuelas de la izquierda, porque el sol oblícuo hería el tren, entrando en ardiente cascada. Pero las últimas lluvias debieron batir el polvo, y la noche seguía seguramente fresca.

Además, el sufrimiento era menor; la muerte habíase llevado los más enfermos, y no quedaban allí más que males atrofiados, entorpecidos por la fatiga, sumidos en lento entorpecimiento.

Bien pronto iba á producirse la reacción de aniquilamiento de que son siempre seguidas las grandes sacudidas morales. Las almas habían hecho su esfuerzo; los milagros se habían terminado, y la distensión de nervios comenzaba en el embrutecimiento de un desahogo profundo.

Hasta Tarbes, fueron así muy ocupados, arreglándose cada cual, tomando posesión de su sitio. Y cuando dejaron esta estación, sor Jacinta se levantó, y dando una palmada, dijo:

—Hijos míos: es preciso no olvidarse de la Santa Vírgen que ha sido tan buena. Empecemos el Rosario.

Todo el vagón dijo con ella el primer Rosario, los cinco misterios gloriosos, la Anunciación, la Visitación, la Natividad; la Purificación y el encuentro de Jesús. Después, se entonó el cántico: «Contemplemos el celeste arcángel...» con voz tan alta, que los aldeanos de los sembrados levantaban la cabeza y miraban pasar este tren que cantaba.

María admiraba fuera la vasta campiña, el cielo inmenso, que iba serenándose poco á poco de su bruma de calor, presentándose con un azul brillante. Era el fin delicioso de este hermoso día. Y sus miradas se transportaban, se dirigían sobre Pedro, con esta muda tristeza que los había velado ya, cuando ante ella estallaron en furiosos sollozos. El cántico terminó, y la señora Vincent gritaba, balbuceaba palabras confusas, ahogadas por las lágrimas.

—¡Ah, pobre hija mía!... ¡Mi joya, mi tesoro, mi vida!

Hasta entonces estuvo en su rincón hundiéndose, desapareciendo. Huraña, no había dicho una palabra; los labios apretados, los ojos cerrados, como para aislarse más, en el fondo de su fiero dolor. Pero al abrir los ojos, acababa de ver la tira de cuero que colgaba junto á la portezuela, y la vista de este tirante que su niña había tocado, con el cual había jugado su hija, la sublevó con una desesperación, cuyo frenesí impedía toda voluntad de silencio.

—¡Ah, mi pobre Rosita!... Su mano había cogido esto, y lo volvía

y lo miraba; fué su último juguete... ¡Ah! Estábamos los dos aquí y ella vivía aún; la tenía yo sobre las rodillas, en mis brazos. ¡Estaba aún tan buena, tan buena! ¡Y no la tengo más, no la tendré jamás, á mi pobre hija, á mi pobre Rosita!

Desatinada, sollozante, miraba sus rodillas y sus brazos vacíos, con los que no sabía que hacer. La había mecido tanto tiempo, la había llevado tantos días en sus brazos, que ahora, sentía como una amputación de su ser, una función de menos que la dejaba disminuída, desocupada, enloquecida de sentirlas inútiles. Y sus brazos y sus rodillas la molestaban.

Pedro y María, muy conmovidos; se apresuraron á buscar buenas palabras, tratando de consolar á la desventurada madre. Poco á poco, por las frases sueltas que se mezclaban á sus lágrimas, supieron el calvario que acababa de subir, después de la muerte de su hija. La víspera por la mañana, cuando la llevaba muerta en sus brazos, bajo las lluvias, debió andar de este modo mucho tiempo, ciega, sorda, golpeada por la lluvia torrencial. No recordaba los sitios que había atravesado, las calles que había seguido á través de ese Lourdes infame, de ese Lourdes asesino de niños, al que maldecía.

—¡Ah! ¡No sé, no sé más!... Sí; varias gentes me han recogido, han tenido piedad de mí; varias gentes que no conocía, que habitan en alguna parte... ¡Ah! no sé; alguna parte: allá arriba, muy lejos, al otro extremo de la villa... Pero seguramente son gentes muy pobres, porque yo me encontré en un cuarto pobre, con mi querida hija enteramente fría, á quien acostaron sobre su lecho...

A este recuerdo, una nueva crisis de sollozos la ahogó.

—¡No, no; yo no quería separarme de mi querido cuerpecito, dejándole en esta aborrecible ciudad!

Y no puedo precisarlo, pero deben ser esas pobres gentes quienes me han conducido... Hemos dado muchas carreras, ¡oh! muchas carreras. Hemos visto á todos esos señores de la peregrinación y del camino de hierro... Yo les repetía: «¿Qué más les da á ustedes? Permítanme llevarla á París en mis brazos. Yo la traje cuando estaba viva; bien la puedo llevar muerta. Nadie notará nada; creerán que duerme...» Y toda esa gente, todas esas autoridades han gritado, me han despedido, como si les pidiese alguna villanía.

Entonces, he acabado por decirles sandeces. ¿No es verdad? Cuando se llevan tantos enfermos agonizantes, se debieran encargar de volver á traer los muertos... Y en la estación, ¿saben ustedes lo que han acabado por pedirme? ¡Trescientos francos! Sí; parece ser que ese es el precio. ¡Señor; trescientos francos, á mí que he venido con treinta sueldos en mi bolsillo, de los cuales no me quedan más que cinco! No los gano en seis meses de trabajo. Debieron pedirme mi vida, y la hubiese dado muy gustosa. ¡Trescientos francos! ¡Trescientos francos por ese

pobre cuerpecito de pájaro, que yo hubiera traído sobre mis rodillas, tan consolada!

Después, no balbuceó más que sordas quejas.

—¡Ah; si ustedes supiesen todas las razones que esas pobre gentes me han dado para decidirme á partir!...

Una obrera como yo, á quien espera su trabajo, debe volver á París; y, además, que no tengo medio de perder mi billete de regreso; me era preciso volver á tomar el tren á las tres y cuarenta...

También han dicho que es forzoso aceptar las cosas cuando no se es rico. Solamente los ricos, ¿verdad? guardan sus muertos y hacen de ellos lo que quieren... Y no recuerdo más, no me acuerdo de nada más. Ni aun sabía la hora, y jamás hubiera podido encontrar la estación.

Después del entierro, allá abajo, en un rincón donde hay dos árboles, esas pobres gentes han debido traerme medio loca; me han conducido y colocado en el vagón, justamente en el momento en que el tren partía. Pero ¡qué desgarradura he sentido, como si hubiera quedado mi carne bajo la tierra! ¡Esto es horrible, Dios mío; esto es horrible!

—¡Pobre mujer!—murmuró María.— Tenga usted valor y pídale á la Santa Vírgen el socorro que jamás rehusa á los afligidos.

Al oir esto la sacudió la ira.

—¡Eso no es cierto! ¡La Santa Vírgen se burla de mí; la Santa Vírgen es una embustera!...

¿Por qué me ha engañado? Yo no hubiese ido jamás á Lourdes, si no hubiera escuchado esta voz en una iglesia. Mi hija viviría aún; tal vez me la habrían salvado los médicos... ¡Yo que por nada del mundo hubiera puesto los pies en casa de los curas! ¡Ah; yo tengo razón! ¡No hay Santa Vírgen; no hay buen Dios!

Y continuó sin resignación, sin ilusión ni esperanza blasfemando con su furiosa grosería de gente baja, llorando por el sufrimiento de su carne, tan rudamente, que tuvo que intervenir sor Jacinta.

—¡Cállese usted, desdichada! El buen Dios es el que castiga á usted haciendo sangrar su llaga.

La escena había durado mucho tiempo, y cuando pasaban á todo vapor por delante de Riscle, dió con una nueva palmada la señal para que se cantase el *laudate, laudate Mariam.*

—Vamos, vamos, hijos míos, todos juntos y con todo vuestro corazón:

Au ciel et sur terre,
Que toutes les voix
Pour vos ó ma mère,
Chantent á la fois:
Laudate, laudate, laudate Mariam.

En el cielo y la tierra
todas las voces,
por vos, ¡oh, madre mía!
cantan acordes:
(*Laudate, laudate, laudate Mariam*).

Este cántico de amor impedía oir á la señora Vincent, que sollozaba entre sus dos manos, en el paroxismo de su rebelión, con una debilidad balbuciente como una pobre mujer embrutecida por el dolor y el cansancio.

Después del cántico, en el vagón se hizo sentir por todas partes la fatiga. Allí, casi tan sólo sor Jacinta, tan viva, y sor Clara de los Angeles, dulce, seria y menuda, estaban como á su partida de París, como durante su estancia en Lourdes, con una serenidad profesional acostumbrada á todo, vencedora de todo, que tan bien armonizaba con la clara alegría de su griñón y su toca blancos.

La señora de Jonquiére, que durante cinco días casi no había dormido, se esforzaba por tener abiertos sus pobres ojos, encantada, sin embargo, del viaje, regresando con la gran alegría de haber casado á su hija y de llevar consigo el milagro más hermoso, una curada milagrosamente de quien todo el mundo hablaba.

Se prometía dormir bien aquella noche á pesar de los duros vaivenes y poseída sin embargo de un sordo temor acerca de la Grivota, la cual le parecía singular, excitada, huraña, con sus ojos turbados y los carrillos llenos de manchas violáceas. Por dos veces quiso hacerla mantenerse tranquila, sin obtener de ella que no se moviese, con las manos unidas y los párpados cerrados. Afortunadamente, los demás enfermos no la causaban inquietud alguna, todos consolados ó tan cansados que ya dormían.

Elisa Rouquet habíase comprado un espejo de bolsillo, un gran espejo redondo, en el que no dejaba de mirarse, encontrándose bella, notando de minuto en minuto los progresos de su curación con una coquetería que la hacía pellizcarse los lábios y ensayar sonrisas, ahora que su faz de monstruo se volvía de nuevo humana.

Cuanto á Sofía Couteau, jugaba gentilmente; habíase descalzado ella misma viendo que nadie deseaba ver su pié, y repetía que seguramente debía tener un grano de avena bajo la media, y como no siempre se prestaba atención á ese pequeño pié visitado por la Santa Vírgen, le conservaba entre sus manos, le acariciaba y parecía arrobada de tocarle, de hacer de él su juguete.

El Sr. de Guersaint se había puesto de pie apoyado de codos en el tabique de madera mirando al Sr. Sabathier.

—¡Oh, padre, padre!—dijo de repente María.—¿Ves esta señal en la madera? ¡Está hecha por el herraje de mi carrito!

Este vestigio hallado de nuevo la hizo considerarse tan dichosa, que por un instante olvidó el secreto disgusto que parecía querer callar. Así como la señora Vincent sollozaba, viendo el tirante de cuero tocado por su hija, María estallaba bruscamente de júbilo á la vista de esta huella que le recordaba su largo martirio en este sitio; todo este aborrecible pasado, desaparecido, disipado como una pesadilla.

—¡Decir que apenas hace cuatro días estaba yo acostada allí, no podía moverme, y ahora, ahora voy, vengo, estoy tan cómoda, Dios mío!

Pedro y el Sr. de Guersaint la miraban sonriéndose. Después, el Sr. Sabathier, que había escuchado, dijo lentamente:

—Es mucha verdad; en cada cosa parece que deja uno un poco de sí, de sus sufrimientos, de sus esperanzas, y cuando se las vuelve á encontrar, le hablan á uno, le vuelven á decir esas cosas que nos entristecen ó alegran.

Con su aire resignado, estuvo silencioso en su rincón desde la partida de Lourdes; y su misma mujer, cuando le envolvían las piernas, preguntándole si sufría, sólo obtenía movimientos de cabeza. No sufría, pero nallábase invadido de invencible postración.

—Así, yo, miren—continuó;—durante el largo viaje, al venir, me distraje en contemplar los frisos del techo, allá arriba. Había trece desde la lámpara hasta la portezuela. Acabo de volverlos á contar y, naturalmente, siempre hay trece... Lo mismo que este botón de cobre que está á mi lado. No se imaginan ustedes los sueños que he formado, mirándole brillar, durante la noche en que el señor abate nos leyó la historia de Bernadette. Sí, yo me veía curado; hacía á Roma el viaje de que hablo, hace veinte años; andaba, corría el mundo; en fin, sueños locos y deliciosos... Y después, he aquí que regresamos á París; ¡hay allá arriba trece frisos, el botón brilla y todo ello me dice que me hallo de nuevo sobre esta banqueta con mis piernas muertas... Vamos; está dicho: soy y seguiré siendo una pobre vieja bestia muerta.

Dos gruesas lágrimas aparecían en sus ojos; debía atravesar una hora de horrible amargura. Pero levantó su gran cabeza cuadrada de mandíbulas, que indicaban paciente obstinación.

—Es el séptimo año que vengo á Lourdes, y la Santa Vírgen no me ha escuchado. No importa; esto no me impedirá volver el año próximo. Tal vez se digne oirme por fin.

No se sublevaba. Y Pedro, murmurando, quedó estupefacto de la credulidad persistente, viva, resistente, que, á pesar de todo, continuaba en este cerebro cultivado. ¿Qué ardiente deseo de curación y de vida había formado esta denegación de la evidencia, esta ciega voluntad? Se empeñaba en ser salvado, en contra de todas las probabilidades naturales, cuando la experiencia misma del milagro habíase frustrado tantas veces; y se explicaba á sí propio su nueva desgracia, achacándola á varias distracciones tenidas ante la Gruta, una contrición insuficiente sin duda, todas las clases de pecadillos que debieron disgustar á la Santa Vírgen. Y ya se prometía el año próximo hacer una novena en alguna parte antes de dirigirse á Lourdes.

—A propósito—repitió;—¿saben ustedes la suerte que ha tenido mi sustituto? Sí; ustedes se acordarán de ese tuberculoso por el cual di los cincuenta francos del viaje, cuando me hice inscribir en el hospital. Pues bien, ha sido radicalmente curado.

—¿De veras un tuberculoso?—exclamó el Sr. de Guersaint.

—Perfectamente, señor; curado como con la mano.. Le había visto tan bajo tan amarillo, tan enflaquecido, y ha ido á visitarme al hospital, enteramente regocijado. A fe mía, le he dado cien sueldos.

Pedro tuvo que reprimir una sonrisa, porque sabía la historia que le había contado el doctor Chassaigne. El curado en cuestión, milagrosamente, era un simulador á quien acabaron por conocer en la oficina médica de reconocimientos. Debía ser por lo menos el tercer año que se presentaba allí, la primera vez por una parálisis, la segunda por un tumor y las dos, curado lo mismo, completamente. Cada vez se hacía pasear, hospedar, alimentar y partía colmado de limosnas. Antiguo enfermero de los hospitales, se pintaba, se transformaba la cabeza y el cuerpo todo, de la manera adecuada que la enfermedad exigía con un arte tan extraordinario que fué precisa una casualidad para que el doctor Bonamy se diese cuenta de la superchería. Por otra parte, los padres exigieron en seguida el silencio sobre la aventura. ¿A qué santo entregar este escándalo á las burlas de los diarios? Cuando descubrían estas especies de estafas al milagro se contentaban con hacer desaparecer á los culpados. Los simuladores eran, por lo demás, bastante raros, á pesar de las envidiosas historias esparcidas sobre Lourdes por los espíritus volterianos. Por desgracia, aparte de la fe, bastaban la necedad y la ignorancia.

El Sr. Sabathier estaba muy alterado con la idea de que el cielo había curado á aquel hombre que había viajado á sus espensas, mientras que él seguia impotente, reducido al mismo lamentable estado. Suspiró y no pudo menos de concluír con alguna envidia en medio de su resignación:

—En fin, ¿qué quieren ustedes? La Santa Vírgen debe saber bien lo que hace. No seremos ni ustedes ni yo, ¿verdad? quiénes iremos á pedirla cuenta de sus acciones... Cuando la plazca echar sobre mí una mirada, me encontrará siempre á sus pies.

En Mont-de-Marsan, después del *Angelus*, sor Jacinta hizo rezar el segundo rosario, los cinco misterios dolorosos: Jesús en el Jardín de los Olivos, Jesús azotado, Jesús coronado de espinas, Jesús llevando su cruz y Jesús muriendo en la cruz.

En seguida, se cenó en el vagón, porque no había parada hasta Burdeos, donde no se debía llegar antes de las once de la noche. Todas las cestas de los peregrinos estaban llenas de provisiones, sin contar la leche, el caldo, el chocolate y las frutas que sor San Francisco había enviado de la cantina. Después se hicieron fraternales particiones; se comía sobre las rodillas y en vecindad; cada compartimiento no era más que una colección de huéspedes reunida al azar, una merienda en la que cada cual aportaba su escote. Habíase terminado y vuelto á guardar el resto del pan y los papeles gracientos, cuando pasaban ante Morcenx.

—¡Hijos míos!—dijo sor Jacinta levantándose.—¡La oración de la noche!

Entonces hubo un confuso murmullo de *Padres nuestros* y *Ave Marías*, un exámen de conciencia, un acto de contrición, un abandono de sí mismo á Dios, á la Santa Vírgen y á los Santos; toda una acción de gracias de la dichosa jornada, que terminó en una oración para los vivos y para los fieles fallecidos.

—A las diez, cuando estemos en Lamothe—repitió la religiosa,—prevengo á ustedes que haré tener silencio. Pero creo que habrán sido ustedes bastante prudentes y que no habrá necesidad de mecerles para que se duerman.

Esto hizo reír. Eran las ocho y media; una lenta noche había envuelto á la campiña. Solamente los ribazos conservaban el vago adiós del crepúsculo, mientras que la espesa sábana de las tinieblas inundaba los terrenos bajos. El tren, á todo vapor, desfiló por una inmensa llanura, y allí no hubo más que este mar de sombras en que rodaba sin fin, bajo un cielo de un azul negro, sembrado de estrellas.

Al cabo de un instante, Pedro se asombró de los ademanes de la Grivota. Mientras que los peregrinos y los enfermos dormitaban ya, hundidos entre los equipajes, que se balanceaban con las continuas sacudidas, ella se levantó muy derecha, se afianzó al tabique en una brusca angustia. Y bajo la lámpara, cuya pálida luz amarilla bailaba, aparecía como adelgazada de nuevo, con la faz lívida y torturada.

—¡Señora, tenga cuidado, que va á caer!—gritó el sacerdote á la señora de Jonquière que con los ojos cerrados, cedía al sueño:

Esta se apresuró; pero sor Jacinta se volvió con un movimiento más vivo y recibió en sus brazos á la Grivota, que en un furioso acceso de tos se desplomaba sobre la banqueta. Durante cinco minutos, la pobre mujer se ahogaba, sacudida por el acceso de tal modo que su extenuado cuerpo crugía. Después, corrieron varios hilos rojos; luego vomitó sangre á boca llena.

—¡Dios mío, Dios mío; le vuelve de nuevo!—repetía la señora de Jonquière desesperada.—Y yo dudaba, no estaba tranquila al verla de una manera tan rara... Esperen; me voy á sentar junto á ella.

La religiosa no lo consintió.

—No, no, señora; duerma usted un poco, que yo velaré. Usted no está acostumbrada y acabará por ponerse enferma también.

Instalóse y conservó contra su espalda la cabeza de la Grivota, cuyos labios sanguinolentos limpió. La crisis se calmó, pero la debilidad volvía á ser tan grande, que la desdichada apenas tuvo fuerzas para balbucear:

—¡Oh; esto no es nada, absolutamente nada!... ¡Estoy curada; estoy curada; completamente curada!

Pedro quedóse trastornado. Esta repentina recaída había helado el vagón. Muchos se levantaban y miraban con terror. Después, todos se

hundieron de nuevo en un rincón; nadie habló; nadie se movió. Y Pedro pensaba en el asombroso caso médico ofrecido por esta jóven; las fuerzas restablecidas allá abajo, el gran apetito, las largas carreras, el rostro radiante, los miembros bailando; después esta sangre escupida, esta tos, esta faz plomiza de agonizante, el brutal regreso de la enfermedad, á pesar de todo victoriosa.

¿Era, pues, una tisis particular, complicada con una enfermedad nerviosa? ¿Era alguna otra enfermedad; un mal desconocido que obraba tranquilamente en medio de los contradictorios diagnósticos? Empezaba el mar de ignorancias y de errores; esas tinieblas en que se debate aun la ciencia humana.

Y Pedro veía de nuevo al doctor Chassaigne alzar desdeñosamente las espaldas mientras que el doctor Bonamy, lleno de serenidad continuaba tranquilamente su trabajo de reconocimientos, en la absoluta certeza de que nadie le probaría la imposibilidad de sus milagros, así como que él mismo no habría podido demostrar su posibilidad.

—¡Oh; no tengo miedo!—balbuceaba siempre la Grivota;—bien me lo han dicho todos allá abajo: estoy curada, completamente curada.

El vagón rodaba, rodaba en la negra noche. Cada cual tomaba sus disposiciones, se acomodaba para dormir lo mejor posible; obligósela á la señora Vincent á tenderse sobre la banqueta, se la dió una almohada donde pudiese descansar su pobre cabeza dolorida; y habiéndose transformado su cólera de antes en una docilidad infantil, atontada, dormía con un entorpecimiento de pesadilla, mientras grandes y silenciosas lágrimas seguían corriendo de sus cerrados ojos.

Elisa Rouquet, teniendo también toda una banqueta para ella, se disponía á acostarse allí; pero con el rostro siempre en el espejo, hacía ante todo una gran *toilette* de noche; anudábase en la cabeza el pañuelo negro que le sirvió para ocultar su llaga, y miraba si estaba bella así, con su labio deshinchado. Y Pedro, asombrábase nuevamente al ver á aquella llaga en vía de curación, si no cerrada; al contemplar aquel rostro de monstruo que se podía mirar ahora sin horror. El mar de incertidumbres comenzaba de nuevo. ¿No era eso mismo un verdadero lupus? ¿Era tan solo una especie desconocida de úlcera, de orígen histérico? ¿O bien era necesario admitir que algunos lupus mal estudiados, provenían de la mala nutrición de la piel, pudiendo ser enmendados por una gran sacudida moral? Era un milagro, á menos que en tres semanas, en tres meses ó en tres años, no reapareciese como la tisis de la Grivota.

Eran las diez y todo el vagón dormía cuando dejaron Lamothe. Sor Jacinta, que había conservado sobre sus rodillas la cabeza de la Grivota amodorrada, no pudo levantarse y se contentó con decir por fórmula, con una voz ligera, que se perdió en el ruído de las ruedas:

—¡Silencio, silencio, hijos míos!

Pero alguna cosa siguió moviéndose en el fondo del compartimiento vecino; un ruido que la excitaba y que acabó por comprender.

—Sofía ¿porqué da usted golpes con el pie en la banqueta? Es preciso dormir, hija mía?

—Yo no doy golpes, mi hermana. Es una llave que rodaba bajo mi calzado.

—¿Cómo una llave? Pásemela usted.

Sor Jacinta la examinó: una llave muy pobre, muy vieja, negruzca, adelgazada, pulida por el uso, y cuyo anillo, reseldado, conservaba la señal. Todo el mundo habíase registrado; nadie había perdido una llave.

—La encontré en ese rincón—repitió Sofía. Debe ser del hombre.

—¿Qué hombre?—preguntó la religiosa.

—Pues el hombre que murió ahí.

Ya se le había olvidado. Sor Jacinta se acordó; sí, sí, era seguramente del hombre, porque oyó caer alguna cosa cuando le lavaba la frente. La volvía y seguía mirando, aquella fealdad de llave, pobre, lastimosa, inútil en adelante; que no abriría ya jamás la cerradura desconocida, en alguna parte, en el fondo del vasto mundo.

Por un instante, pensó en guardarla en su bolsillo, movida de una especie de piedad hacia ese pequeño trozo de hierro tan humilde, tan misterioso; lo único que quedaba de aquel hombre. Después, la vino á la memoria el devoto pensamiento de que no convenía apropiarse nada en esta tierra; y por el hueco del cristal medio bajado, arrojó la llave, que fué á sumergirse en la oscura noche.

—Sofía, es preciso no jugar; es necesario dormir. ¡Vamos, vamos, hijos míos; silencio!

Solamente después de la corta parada en Burdeos, hácia las once y media, el sueño volvió á apoderarse, á postrar el vagón entero. La señora Jonquière no había podido luchar más; la cabeza contra la madera del tabique, la faz dichosa en medio de la fatiga. Los Sabathier dormían también, sin oírseles la respiración; mientras ningún ruído llegaba tampoco del otro compartimiento, que ocupaban Sofía Couteau y Elisa Rouquet, echadas á lo largo una en frente de otra sobre las banquetas. De cuando en cuando se elevaba una queja sorda, un grito ahogado, de dolor ó de espanto, que se escapaba de los labios de la señora Vicent amodorrada, torturada por malos ensueños.

Casi tan solo quedaba sor Jacinta con los grandes ojos abiertos, muy preocupada del estado de la Grivota inmóvil ahora, como adormecida, respirando con esfuerzo, con un continuo estertor.

De un extremo á otro de este dormitorio en movimiento, sacudido por la trepidación del tren lanzado á todo vapor, se abandonaban los peregrinos y los enfermos; los miembros colgaban, las cabezas rodaban bajo el pálido y oscilante resplandor de las lámparas.

En el fondo, en el compartimiento de los diez peregrinos, había una

mezcla lastimosa de pobres y feas caras, viejas, jóvenes, que el sueño parecía haber herido del rayo al fin de un cántico, con la boca abierta. Una gran piedad subía de estas tristes gentes, fatigadas, aniquiladas por cinco días de locas esperanzas, de éxtasis infinitos, y que al día siguiente despertarían sintiendo la dura realidad de la existencia.

Entonces, Pedro se consideró como sólo con María. Esta no había querido echarse sobre la banqueta, diciendo que bastante tiempo había estado acostada, durante siete años, y él, para dejar más cómodo al Sr. de Guersaint, quien desde Burdeos había cogido de nuevo su profundo sueño de niño, fué á sentarse junto á María.

La claridad de la lámpara la molestaba; Pedro tiró de la pantalla, encontrándose así en la sombra, una sombra transparente infinitamente dulce. En este momento, el tren debía rodar por la llanura, deslizándose en la noche, como en un vuelo sin fin, con un rumor de alas enorme y regular. Por el hueco del cristal que habían bajado, llegaba una exquisita frescura de los campos negros, de los campos insondables, donde no lucía ni aún el pequeño resplandor perdido de una aldea. Un instante se volvió hacia ella y vió que tenía los ojos cerrados; pero adivinó que no dormía; saboreando esta gran calma, rodeada de rumores de tempestad en aquella carrera á todo vapor en el fondo de las tinieblas, lo mismo que ella, cerró los párpados y soñó largo tiempo.

Una vez más se evocaba ante él el pasado; la casita de Neuilly, los besos que habían cambiado junto al referido seto, bajo los árboles asaeteados por el sol. ¡Cuán lejos hallábase ya todo eso; pero, sin embargo, conservaba de ello su vida entera! En seguida, volvióle la amargura del día en que se hizo sacerdote. Jamás ella debía ser su mujer; él consintió en no ser más hombre. Esta sería su eterna desdicha, puesto que la irónica naturaleza iba á rehacer en María una esposa y una madre. Si al menos hubiese Pedro conservado la fe, habría encontrado en ella e eterno consuelo. Pero en vano lo había intentado todo para reconquistarla; su viaje á Lourdes, sus esfuerzos ante la Gruta, su esperanza de un instante, de que acabaría por creer si María era curada milagrosamente. Después, la ruina total, irremediable, cuando la curación anunciada se produjo científicamente.

Y su idilio tan puro y tan doloroso, la larga historia de su cariño empapado en lágrimas, desarrollábase también. La misma María, conocedora de su secreto fué á Lourdes sólo para pedir al cielo el milagro de su conversión. Durante la procesión de las antorchas; cuando se quedaron solos bajo los árboles, entre el perfume de las invisibles rosas rogaron el uno por el otro, perdidos uno en otro con el ardiente deseo de su mutua dicha. Aún ante la Gruta, ella suplicó á la Santa Vírgen que la olvidase, que le salvase á él si no podía obtener más que una gracia de su divino hijo.

Después, curada, fuera de sí, sublevada de amor y de reconocimiento, llevada por las escaleras con su carrito, hasta la Basílica, se creyó escuchada, le manifestó su júbilo por haber sido salvados juntos los dos.

¡Ah! esta mentira; esta mentira de afección y de caridad; el error en que la dejaba desde ese momento. ¡con qué peso le aplastaba el corazón! Era la pesada losa que ahora le dejaba encerrado en el fondo de su sepulcro voluntario.

Recordaba la horrorosa crisis en la que estuvo á punto de morir, en la sombra de la cripta; sus sollozos, su brutal revolución primero; su necesidad de guardarla para sí sólo, de poseerla, puesto que sabía que era suya; toda esa amenazadora pasión de su virilidad despertada, que después, poco á poco, se había vuelto á dormir, ahogada bajo el río de sus lágrimas; y para no destruir en ella la divina ilusión y cediendo á una fraternal piedad, se había hecho á sí mismo el heroico juramento de mentirla siempre, aunque su cumplimiento le hiciera á él agonizar.

Pedro, en su desvario, no pudo menos de temblar. ¿Tendría fuerza bastante para sostener siempre este juramento? En la estación, cuando la esperaba ¿no acababa de sorprender en su corazón una impaciencia, una celosa necesidad de dejar ese Lourdes demasiado amado, con la vaga esperanza de que ella volvería á ser suya allá lejos? ¡Y pensar que si él no hubiese sido sacerdote se habría casado con ella!

¡Qué arrobamiento, qué existencia de adorable felicidad entregarse enteramente á ella, poseerla completamente, revivir en el querido hijo que nacería! No había allí seguramente de divino más que la posesión, la vida que se completa y que se multiplica. Y su sueño le extravió. Vióse casado llenándole esta idea de tan viva alegría que se preguntó por qué había de ser irrealizable ese sueño.

Ella, María, tenía la ignorancia de una niña de diez años; él la instruiría y la dotaría de un alma. Comprendería que esta curación que ella creía deber á la Santa Vírgen, la llegaba de la madre única, de la impasible y serena naturaleza.

Pero á medida que Pedro arreglaba así las cosas, creció en él una especie de terror sagrado, que provenía de su educación religiosa. ¡Dios santo! ¿Sabía él si esa dicha humana con que la quería colmar, valdría jamás la santa ignorancia, la infantil ingenuidad en que ella vivía? Y más tarde ¡qué de reproches si no era dichosa! Después, ¡qué drama de conciencia, arrojar la sotana, casarse con esta curada milagrosamente de ayer, devastar su fe para inducirla al consentimiento de este sacrilegio! Y, sin embargo, ahí estaba el valor, ahí estaba la razón, la vida, el verdadero hombre, la mujer verdadera, la unión necesaria y grande. ¿Por qué, pues, Dios mío, no se atrevía? Una horrible tristeza se apoderaba de él y le hacía desvariar en medio de su sueño, no oía sino á su pobre corazón sufrir.